

Luis Galdames

## El centenario de Goethe

Señoras y señores:

Caído un siglo ya sobre la tumba del solitario de Weimar, todos los pueblos han vuelto la mirada hacia él y parecido concertarse para saludar su memoria y su obra; inmensa obra la suya, que comprendió a la vez el arte, la literatura y la ciencia, que irradió luz propia sobre las sociedades de occidente y que aún perdura con la lozanía de las creaciones del genio.

Nuestra casa de estudios no podía dejar que pasara en silencio esa significativa conmemoración. Era su deber asociarse al reconocimiento universal de uno de los valores espirituales que, junto con la gloria de su país y de su tiempo, más han enaltecido la dignidad y el poder de la inteligencia.

Por eso la Universidad de Chile se asocia hoy al concierto con que el mundo ha rendido homenaje al idealismo de una raza, en el más representativo de sus pensadores y artistas.

Deudores somos en mucho al esfuerzo realizador y a la elevada cultura de la nación alemana. Hablar de Goethe será siempre, para un chileno, motivo de admiración y gratitud.

Una larga vida, plena de armoniosas ideas y nobles sentimientos, insaciable de belleza y verdad, hizo de Goethe un símbolo del espiritualismo más puro y una especie de resurrección de la línea, el tono, la serenidad y la esplendidez del helénismo clásico. Iba de Apolo a Zeus, con la gracia, la penetración y la majestad de los olímpicos. El *Werter* lo consagró ya, en la Alemania entera, cuando apenas cumplía los 24 años. Y el *Werter* vive aún, inclasificable entre los géneros tradicionales, como obra maestra.

Seguir desde entonces su prodigiosa labor literaria es tarea que no voy a emprender, porque a otros corresponde con mayor conocimiento y capacidad; pero diré sí que en toda esta labor es de admirar el profundo sentido humano que la universaliza y la hace actual para todos los tiempos. El *Werter*, como el *Fausto*, como el *Meister*, son de ayer, son de hoy, son de Alemania como de todas partes; son el corazón, el sentimiento, el impulso y el ansia que agitan a la especie desde sus fondos ancestrales. La poesía brota de ellos, magnífica o atormentada, como una flor silvestre, como una emanación, libre y espontánea como cuanto está destinado a vivir.

Esa libertad en la naturaleza, esa manifestación espontánea de todo cuanto existe porque tiene derecho a existir,—incluso la naturaleza humana,—fué una de las constantes pasiones de Goethe y una de sus más copiosas fuentes de inspiración. Tal vez eso contribuya a explicarnos su universalidad.

¡La naturaleza! A sus ojos, ella es todo, severa e indulgente, amable y terrible, todo poderosa e impotente. No es ni pasado ni porvenir; para ella el presente es eterno. No conoce el lenguaje ni las palabras, pero crea corazones e idiomas, mediante los cuales se habla y se siente. El amor la corona; sólo por el amor nos acercamos a ella; y unos cuantos sorbos en la copa del amor bastan para compensar el trabajo de toda una vida. Así habla el poeta.

No compliquemos con un panteísmo de ocasión esta sentimentalidad fecunda y acariciadora. Ella condujo a Goethe desde su juventud a la observación y al estudio de la naturaleza en sus más recónditos secretos; y ya ante de los cuarenta años entregaba a la publicidad su *Metamorfosis de las plantas*, punto de partida de una filosofía biológica fundada en los principios de la evolución. En la hoja presintió la célula como base estructural de todas las especies de flora, forma primitiva de la cual se desprenden las demás con la variedad y la opulencia de sus colores. Investigaciones de craneología comparada lo condujeron a conceder a las vértebras, en el reino animal, una importancia análoga a las hojas en el reino vegetal.

Los especialistas harían después, en la primera mitad del siglo XIX, la sistematización de estas nociones, con nuevos elementos de observación y juicio, hasta llegarse a la vasta generalización de un Darwin. Pero ya desde fines del siglo XVIII la intuición genial del artista había penetrado, casi sin darse cuenta de ello, en uno de los arcanos de la creación y desenvolvimiento de la vida orgánica.

También otros más competentes que el que habla, expondrán con detención las contribuciones de Goethe al conocimiento de la naturaleza. La amplia comprensividad de su espíritu aparecerá así con el realce de una época en que las ciencias físicas y biológicas empezaban a desperatar la atenta preocupación de los talentos superiores.

La concepción educacional de Goethe está en su *Wilhelm Meister*: y ella es concurrente con la idealidad de los grandes educadores de su

época, pero acentuada en la valorización del carácter sobre el conocimiento y en la necesidad de una vida de acción. Detesta la uniformidad y cuanto traba se oponga a la libre manifestación de las individualidades. Pensamiento y acción, siempre unidos, componen la sabiduría y forjan la personalidad para la ciencia, para el arte, para los negocios, para la vida entera.

La moderna cultura alemana se organiza en el siglo XVIII, en el siglo de Goethe, y adquiere en seguida su impulso sobre el riel de ese tipo de educación, encauzamiento de energías y de potencias creadoras. Goethe brilla en esa cultura como la luz de Sirio, por entre los reflejos de una magna constelación. Pero no brilla para la Alemania solamente. Brilla para el mundo; para un mundo cuyo espíritu canta y ríe, gesticula y acciona como prisionero en el espíritu de él. Por eso le admiramos todavía, pasado un siglo de estinguida su luz.

Però esta claridad no pudo irse con él; siguió irradiando de su grande obra; y bien sabido es que ella ha bañado con más de un destello la frente de los pensadores hasta en este extremo del planeta. Ellos han proclamado ya la excelsitud de aquella obra y de aquel hombre; en cuanto a nosotros, sólo nos toca venerarla.